

VI. MARÍA Y EL ALIENTO

Sumario

¿Qué pudieron entender por *espíritu santo*?- La *rū^ah* de Yhwh.- Cómo es espíritu el aliento de Dios.

¿Qué pudieron entender por espíritu santo?

¿Que qué podían entender por *espíritu santo* María y Zacarías (a quien también se lo había mencionado Gabriel)? En el contexto bíblico, el griego *pneúma* (que es la palabra que aparece en los dos casos, en el evangelio de Lucas) quiere decir lo mismo que el hebreo *rū^ah*. De facto, en la Biblia de *los LXX*, la palabra hebrea *rū^ah* se había traducido por *pneúma* en la mayoría de los casos (concretamente, 277 según las cuentas de exegetasⁱ).

El griego *pneúma* quería decir, desde luego, *espíritu*, pero también *viento*, *respiración* y, por esto último, *vida* e incluso *alma*. La propia acepción de *pneúma* como *espíritu* se refería con frecuencia a la dinámica concreta de las relaciones entre unas determinadas personas (que no es sino lo habitual en *la vida* y no es extraño que, por eso, respondiera a una de las acepciones que daríamos los hispanos a esa palabra, *vida*). Y se podía hablar, así, de la influencia de los dioses como del *espíritu* (“*pneúma*”) de los dioses, y también del *espíritu* (“*pneúma*”) que animaba una ciudad como resultado de las relaciones interpersonales de los conciudadanos.

Tenemos que quitarnos de la cabeza –para empezar- la idea del *espíritu* como *cosa*. La palabra griega en cuestión tenía un matiz muy acusado de *movimiento*: tanto si se hablaba de *viento* –fuera una brisa o un huracán- como si se hablaba de *alma* o de *espíritu*. Cuando se usaba para referirse al alma, era casi sinónimo de *psykhé*; pero *pneúma* siempre evocaba una realidad dinámica, móvil, incluso excitada, y, a diferencia de *psykhé* (y por la misma razón por la que con *pneúma* se aludía a algo tan elemental como incontrollable), el empleo de esta última palabra, en la lengua *koiné*, inducía a considerar que se hablaba de algo que podía ser de origen *divino*.

Pero no que el propio *pneúma* fuera un *dios*, ni mucho menos un *dios personal*. Se pensaba más bien –y eso en algunas ocasiones- en la fuerza *creadora* de los dioses (concretando algo más, en la fuerza creadora de la *respiración* de los dioses, y eso en algunos círculos religiosos de Egipto y Grecia, incluidos los estoicos de los años en que vivió María la Virgenⁱⁱ).

No era por influencia de esas gentes –necesariamente-; pero lo cierto es que los judíos de la diáspora no lo entendían de manera distinta (fuera de que no eran politeístas ni atribuían, por tanto, la *santa rū^ah* a los dioses, sino al único Dios, Elohim, Yhwh).

ⁱ Este dato (y la referencia a los pasajes bíblicos que siguen), en F. Baumgärtel, “*pneúma*”, en *Theological dictionary of the New Testament*, cit. *supra*, 878-881. También, J. Kremer, “*πνεύμα...*”, en *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, cit. *supra*, II, col. 1022-1037.

ⁱⁱ Lo que precede, reinterpretado, en H. Kleinknecht, “*pneúma*”, en *Theological dictionary of the New Testament*, cit. *supra*, 876-878.

En los días en que vivió María la Virgen, sin ir más lejos, el judío Filón de Alejandría unía íntimamente sangre y *pneúma* como verdadera esencia del almaⁱ. Y es que, para los judíos -dijeran *pneúma* de Dios o *rū^ah de Yhwh*- no se trataba de Yhwh, sino que *procedía* de él y, en realidad, se encontraba ya en todos y cada uno de ellos mismos, los judíos. Hacía mucho que se había deducido de la Biblia que somos de *carne* y que la *carne* es materia *viva* porque la recorre la sangre y, por medio de ella, la *rū^ah de Yhwh*, que es la vida. En hebreo, *rū^ah* quería decir también –como *pneúma*-, y de modo indistinto, *viento, soplo, respiración*. Y aún tenía la acepción de *principio vital* (tanto para los seres humanos como para los animalesⁱⁱ).

Por tanto, que la *santa rū^ah* descendiera sobre María cuando el poder del altísimo la *sombreó* no podía entenderse sino como una reiteración –María ya era de *carne* y, por tanto, le daba vida la *santa rū^ah* - a no ser que la *sombra* con que el que se halla *altísimo* la cubrió implicara una en-*carnación* precisamente; esto es: que una parte de su propia carne –la de María- se convirtiera en *hijo suyo* –en embrión, claro es- en el momento en que ese minúsculo trozo suyo –acaso un óvulo- recibiera –como todo nuevo ser vivo al ser concebido- la propia *santa rū^ah* que le daba la vida que es Dios. Y eso, al cubrirla de sombra el *altísimo*.

En realidad, era una reiteración que procedía de la Biblia. En los seres humanos, se hablaba a veces de *rū^ah* como lugar de las emociones, del entendimiento y de la voluntad. Pero, si se trataba de la *rū^ah* de Yhwh, se tomaba por la fuerza con que mueve Dios a los hombres y a las mujeres en los aspectos más diversos, tanto intelectivos como volitivos, aunque ligados con frecuencia a una valoración moral. Todo hombre y toda mujer, por tanto, están *vivos* por que les da la *vida* la *rū^ah* de Yhwh. Pero debía ser frecuente (y supongo que, por la misma regla de tres, lo es también hoy) que Yhwh redoblase su aliento para hacer posible que una mujer o un hombre llegaran más allá de la mera supervivencia.

Por ejemplo, había sido justamente la *rū^ah* de Yhwh la que había dado a Sansón la fuerza de que dio prueba. Y no puede decirse que Sansón no estuviera vivo y respirase antes de que llegara esa oportunidad. Había sido, en efecto, la *rū^ah de Yhwh* la que ^{Jue} ^{11.29} *comenzó a inspirar* a Sansón *en Mahaneh Dan*, por más que luego se animara a ³⁰ *bajar a Timnat y viera en Timnat* a una mujer filistea que le gustó sin duda más que mucho. Y aún tendría que aumentar la dosis Yhwh, cuando Sansón convenció a sus padres de que fueran con él a concertar el casamiento, le salió al encuentro un cachorro de león y no sabemos qué hubiera pasado si no llega a ser porque ^{14.6} *la rū^ah de Yhwh vino sobre Sansón* y el mozo despedazó el cachorro como se despedaza un cabrito, sin otra arma que las manos.

ⁱ Este detalle, en W. Bieder, “*pneúma*”, en *Theological dictionary of the New Testament*, 882.

ⁱⁱ Sobre las diversas acepciones bíblicas de *rū^ah*, Koehler y Baumgartner: *The Hebrew and Aramaic lexicon of the Old Testament*, cit. *supra*, 1199-1201, y R. Albert y C. Westermann, “רוח...”, en *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, II, col. 914-947. También, Louis Cognet, “*esprit*”, y Jacques Guillet, “*Esprit-Saint*”, en *Dictionnaire de spiritualité ascétique et mystique, doctrine et histoire*, fund. por M. Viller, F. Cavallera, J. de Guibert, S.J., cont. por André Rayez y Charles Baumgartner, t. IV, París, Beauchesne, 1960, col. 1235-1252; asimismo, la voz “*espíritu...*”, en *Enciclopedia de la Biblia*, dir. por Alejandro Díez-Macho y Sebastián Barcina, t. III, Barcelona, Editorial Éxito y Ediciones Garriga, 1963, col. 185-191.

Luego le salió la filisteo como le salió y llegó a darse el caso de que volviera ^{Jue 14,19} *sobre él el rŭ^ah de Yhwh, bajara Sansón a Ascalón y matase a treinta hombres* de los filisteos precisamente. Y todavía una tercera vez: cuando salieron otros filisteos a acabar con él y ^{15,14} *la rŭ^ah de Yhwh le dio la fuerza necesaria para coger una quijada fresca de burro y golpear con ella a mil hombres.*

Así se entiende cabalmente que no costara a los hebreos que la rŭ^ah de Yhwh tiene, en realidad, capacidad creadora y que le atribuyeran la creación del mundo. Al comienzo mismo del *Génesis*, se podía leer que, *en principio*, Dios había creado los cielos y la tierra; que la tierra estaba informe y vacía (y había ^{Gn 1,2} *oscuridad sobre la faz del abismo*) y que la rŭ^ah (o sea el *aliento*, esto es: el *soplo*) *de Dios volaba sobre la faz de las aguas*ⁱ.

De hecho, para crear al hombre, lo modeló con polvo y ^{Gn 2,7} *sopló en sus narices aliento de vida y fue el hombre para ser viviente* –si traduzco de forma literal- y, aunque, en esa ocasión, el redactor del *Génesis* no empleó la palabra rŭ^ah, sí lo hizo el salmista al recordar lo mismo y aplicarlo a todos los hombres y a todas las mujeres.

Déjese me decirlo sin traducir el término en cuestión a fin de que se pueda comprender mejor la equivalencia que latía entre conceptos que llegarían a sonar de modo tan distinto –y mutuamente ajeno- como *respiración* y *espíritu* y los demás que acabamos de mencionar:

^{Ps 104,29} *Escondes tu rostro, se turban, recoges su rŭ^ah, perecen y a su polvo retornan.*

³⁰ *Envías tu rŭ^ah, son creados y renuevas [la] faz del suelo.*

En el segundo caso, no habría inconveniente en decir *espíritu* en vez de *aliento* y así se entendería de hecho y con frecuencia. Pero, en puridad, eso sólo se justifica por el prurito de pensar que es improbable que Dios *sople* y, en cambio, nos resulta más aceptable que su espíritu *flanee* –como lo traducirían algunos- sobre las aguas y cree a las mujeres y a los hombres. Hay que reconocer que somos como Dios nos ha hecho...

Digamos de una vez que entenderíamos mejor a Dios –me parece a mí- si hiciéramos el camino de vuelta y recordáramos –al menos, los hispanos- que *espíritu* procede de la misma raíz que *espír* y que *espír* ha tenido la acepción de *inspirar* pero ha acabado por reducirse a la acción de exhalar el aire previamente *aspirado*. Ahora bien, eso es así porque los *hispani*, cuando dieran en corromper el latín, se quedarían con *espíritu* para referirse a una realidad que no tiene que ver –a lo que parece- con la respiración: en adelante, llamarían *espíritu* a todo *ser inmaterial dotado de razón* y, en concreto, a toda *alma racional*, en tanto que a la acción de espír la denominarían *espiración* o *espiramiento*.

Hay que reconocer que iban a ser –al portarse así- bastante respetuosos con el latín (cosa que tiene mayor fuerza considerado que se trataba de soldados y que –a juzgar por algunos topónimos, como *Benavente*- debían proceder del *Mezzogiorno* y que precisamente fueron ellos quienes enseñaron latín a las celtíberas). En latín, en efecto,

ⁱ Sobre el papel del *espíritu* en la creación, S. Garofalo et al., *La creazione nella Bibbia, nelle scienze, nella letteratura, nell'arte*, Milán, Ed. Massimo, 1962, 229 págs.

“espirar” se decía *spirare*, “espiración” correspondía a *spirationem* –en el acusativo que solían emplear aquellas gentes sin cuidarse de declinar como Dios manda- y “espiramiento” a *spiramentum*, que tenía, no obstante, el matiz de “pausa” (el que se corresponde con *tomarse un respiro*). Pero *spiritus* no quería decir tan sólo “espíritu” (o sea *ser inmaterial dotado de razón*), sino también “aliento”, “soplo de aire”, “hálito”, incluso “olor”. Serían los hispanos los que se lo reservarían a los seres inmateriales dotados de razón –sin duda, por el respeto que les merecían tales personas-, y eso sin demasiado tardar. En un documento del año 942, ya se habla de unos libros concretos y de *alios spiritales* (“otros, espirituales”) y el posible autor del escrito tendría la prudencia –léxicamente osada- de decir de sí mismo que era “padre espiritual” (*spiritalem*) del recomendadoⁱ.

En latín clásico, por tanto, *spiritus* equivalía con bastante rigor al griego *pneúma* y, consecuentemente, al hebreo *rū^ah*.

Dejémonos, consecuentemente, de espíritus e intentemos devolver el asunto a su ser, siquiera sea por la enojosa vía de hablar de la *rū^ah* y siempre la *rū^ah*, a ver si así logramos romper de esa forma ese molde mental que nos darían los soldados del *Mezzogiorno* y el mestizaje consiguiente y volvemos a vincular, como procede, *espíritu* y *aliento*.

La rū^ah de Yhwh

Es cierto que, en la Biblia, se hablaba de Yhwh con formas muy distintas: así *el Viviente, la Vida, la Luz, la Sabiduría, la Gloria, el Altísimo...* Pero se entendía (y se entiende) que esas denominaciones responden a *atributos* divinos. Claro que habría que preguntarse que es eso de *atributos*, tratándose de Dios. Pero fijémonos ahora en lo que esas expresiones -cargadas desde luego de significación, sin lugar a dudas- tenían, sin embargo, de forma de eludir el propio nombre de *Yhwh*, que no podía pronunciarse, ni se sabía ya de él sino que constaba de esas cuatro consonantes y que tenía que ver con el verbo *ser* pero que no era fácil traducirlo.

No tienen nada que ver con ese propósito –el de eludir la pronunciación del nombre de Yhwh- otras palabras que ya no concernían propiamente a *atributos*, sino a *formas de ser* o –lo que, en Dios, es lo mismo- *actuar*. Y es en ese otro grupo en el que hay que situar el término *rū^ah* cuando se le aplicaba y se le aplica a él.

En realidad, *rū^ah* era –tal vez- una palabra onomatopéyica; quería decir “viento”, que era lo mismo que significaban expresiones de la misma raíz semítica como *rh* en ugarítico o *rīh* en árabe. Más finos, los etíopes acabarían por seleccionarla a fin de “abanicar(se)” (*rōhaiⁱⁱ*). Pero ya se ve que eran muchos los semitas de aquel tiempo oían *rolar* el viento de una manera parecida. En arameo, “viento” se decía *rwh*; pero, entre

ⁱ Vid. *Léxico hispánico primitivo (siglos VIII al XII): Versión primera del Glosario del primitivo léxico iberorrománico*, proyectado y dir. por Ramón Menéndez Pidal, redactado por Rafael Lapesa con la colab. de Constantino García, ed. de Manuel Seco, Madrid, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Real Academia Española y Editorial Espasa Calpe, 2003, voz “spirital” (pág. 602).

ⁱⁱ Esto y lo que sigue, en R. Albertz y C. Westermann, “ררה...”, *Diccionario teológico manual del Antiguo Testamento*, cit. *supra*, II, col. 914-947.

los hebreos que hablaban esa lengua, se asimiló sin más la expresión hebrea *rū^ah*, sin duda por el parecido y porque, a la postre, era la misma la fuente que escuchaban en hebreo y en arameo (la Biblia, primero en el hebreo del texto escrito originario y luego en el *targum*, cuando iban los varones a la sinagoga).

Hubo, con todo, una importante diferencia desde el primer momento en que se pudo constatar su empleo y es que, a lo que parece –al observar las frases más antiguas de las 389 de la Biblia hebrea en que se empleó la expresión *rū^ah*-, quería decir unas veces *viento* y otras *aliento*.

No vamos a pelearnos –como se pelearían algunos exegetas, andando los siglos- sobre si fue primero *aliento* o fue antes *viento*. En puridad, en ambos casos, era *aire en movimiento* y es verosímil –pero puramente hipotético- que fuera ése su verdadero origen (onomatopéyico, desde luego). Lo que interesa de esa hipótesis es lo que no tiene nada de hipotético, y es que los hebreos carecían de la palabra que expresa el concepto de *aire* en el sentido de principio constitutivo de la realidad. En realidad, no cultivaban la física como ciencia y, cuando hablaban de *aire*, se referían –siempre- al que se mueve y, por lo general, hace ruido, fuera el siroco que aún sopla en Palestina en primavera, fuera el aliento de una persona que respira.

Otra cosa es que una persona que respira y no se lave los dientes, *huela* al expulsar ese aire y que, como eso era común en los días de los que hablamos –y no sólo entre los hebreos-, hubieran dado éstos en retocar a veces la palabra *rū^ah* y pronunciar *rē^ah* para referirse al *olor*, pero, generalmente, al olor del aliento. Ya vimos que lo mismo hacían los latinos con la palabra *spiritus*.

Se me puede alegar que los hebreos también decían *rū^ah* para referirse a los puntos cardinales, que no tienen nada que ver ni con el viento ni con el aliento; pero responderé que no es así: todo viento se mueve –si se mueve- en una *dirección* y, si se combina esa dirección con la del curso diario del sol, descubrimos que la dirección de los vientos tiene que ver con la *orientación* –de *oriente*, “naciente” en latín- y que eso da, en sustancia, cuatro puntos de referencia que lo son, al propio tiempo, para distinguir un viento de otro. Es eso simplemente lo que mentaban los hebreos al hablar de *los cuatro vientos* (“*rūhōt*”), como, por lo demás, harían luego los hispanos (y muchas más gentes, cada cual en su lengua): los cuatro puntos cardinales.

Le deja a uno perplejo, es verdad, que Daniel llegara a ligarlo con una presunción asombrosa que da un poco de vergüenza expresar (por lo que invito a saltarse, sin más, este párrafo y la cita que sigue) y es la de que el unicornio era un cabrón o que un cabrón, originariamente, era unicornio, y no como ahora nos parece, cuando anda sobre cuatro patas y hay gente que asegura que sobre dos:

Dn 8,8 Y el macho cabrío de las cabras se engrandeció incluso mucho, pero, en su poderío, [le] fue quebrado el gran cuerno y, en su lugar, crecieron cuatro prominencias a los cuatro vientos [*rūhōt*] de los cielos.

En todo caso, no tenían la menor duda de que quien mueve el aire es Dios, hágallo directa o indirectamente, y, por eso, habían dado en hablar de la *rū^ah* ^{“e”}*lōhīm*, como hablarían luego de la *rū^ah* *Yhwh*; aunque es de justicia decir que, de las primeras frases en que aparece esa expresión, no puede asegurarse que insinuaran siquiera que el viento

es obra de Dios (por más que, efectivamente, lo sea). Más bien se referían a *la fuerza* con que se expresa Dios; fuerza que, a veces, es mayor que la mayor de las tempestades y, por tanto, $rū^ah$ y puro $rū^ah$ (claro es que $rū^ah$ $ʾelōhīm$).

Luego diríamos los hispanos (y otros) aquello de que quien siembra vientos recoge tempestades; pero lo que de veras dijo *Oseas* –que fue el profeta a quien copiamos– es que ^{8,7}los israelíes *sembraban viento* (“ $rū^ah$ ”) y *cosecharían torbellinos*.

Pues bien, ahora viene lo bueno (y decisivo). Para hablar de la *respiración*, los hebreos solían servirse de la palabra $nēšāmā$, que bastaba y sobraba para expresar la diferencia entre un cuerpo que estaba vivo y otro que estaba muerto. Hubo un momento y alguien, sin embargo, que deseó insistir en la vitalidad dinámica de todo el que respira y no tuvo idea mejor que acudir a $rū^ah$. Claro que la respiración que se expresaba con $nēšāmā$ era aire en movimiento. Pero, al llamarlo $rū^ah$, pudo ponerse el énfasis precisamente en eso último, en que el aire que inspiramos y espiramos se mueve y que, el movimiento del aire de esos dos modos tiene que ver con el vivir, que es, asimismo, una manera de ser que *nos mueve* en todos los órdenes.

El matiz se percibe quizás en el uso de $nēšāmā$ que se encuentra en el *Génesis* cuando se habla de que Yhwh creó al primer hombre y ^{2,7}sopló en sus narices aliento (“ $nēšāmā$ ”) *de vida y fue el hombre para ser viviente* (sencillamente, le transmitió la respiración y así lo hizo vivo).

Más adelante, sin embargo, hay otro estico que ya refleja la evolución consumada. Me refiero al recurso a $rū^ah$ para poner en boca de Yhwh que ^{Gn 6,17}traería el diluvio de aguas sobre la tierra para destruir toda carne de debajo de los cielos que tuviera en ella aliento (“ $rū^ah$ ”) *de vida*. No tardaría, claro, en comprenderse que, en tal caso, el propio aliento (“ $nēšāmā$ ”) *de vida* que dio Yhwh al primer hombre al soplar en sus narices era puro $rū^ah$ y que el *aliento de vida* podía expresarse cabalmente con las palabras $rū^ah$ $hayyīm$, precisamente “aliento de vida”.

Ahora bien, en tal caso, la $rū^ah$ $hayyīm$ del hombre era (y es), en realidad, $rū^ah$ de Yhwh, que es *la vida* por antonomasia, según se reitera en la Biblia. Con lo cual, la palabra $rū^ah$ queda (y quedó) ligada no sólo a la *creación*, sino a la manera de comprender a Dios.

Cómo es espíritu el aliento de Dios

El problema es que, en la Biblia hebrea, se exponen *hechos espaciotemporales*, o sea *físicos*, y la física no somete a Yhwh, sino que es Yhwh quien la crea y mantiene, como toda realidad creada. Así que, aunque queramos saber un poco más –si fuese posible– de la *forma de ser* de Dios, no podemos apartarnos –por ahora– del hilo de esos hechos espaciotemporales.

Sigamos, pues, pero pensemos que eso equivale a aproximarnos a la forma de ser de Dios por la vía de los *efectos* que tiene esa forma de ser cuando –aquél de quien aún no sabemos cómo es ni, por tanto, cómo puede actuar– *sale de sí* no obstante, y esto último –que sale de sí, como fuere– sí podemos asegurarlo.

Estábamos en que la $rū^ah$ de Yhwh no se conforma con dar vida al hombre como a todo animal –porque también la vida del animal procede de la $rū^ah$ de Yhwh–, sino que

lo refuerza hasta el punto de que puede pensarse –como poco- que una cosa es darle aliento y otra aumentar la dosis de manera que podamos hacer lo inusitado. Ya hemos hablado del caso de Sansón. Antes, había sido igualmente ^{Jue 6,34} la *rū^ah de Yhwh* la que *revistió* a Gedeón antes de que *tocara con la trompeta y congregase tras él a Abiezer*. Y no se aparta mucho lo que hizo la propia *rū^ah de Yhwh* con Otoniel, cuando ^{Jue 3,10} *fue* sobre él y lo puso en condiciones de *juzgar a Israel y salir a la guerra y vencer*. El propio *Yhwh entregó en su mano a Cusán-risatáyim, rey de Siria*.

No es tan sólo cuestión de respirar –ya se ve-, sino de fuerza (y, en la primera ocasión de Sansón, de *inspiración*, aunque no queda claro si era la inspiración del que inspira –aire- cuando respira, o se trataba de la otra, que ayuda a imaginar); no está de más recordar que, más tarde, Samuel anunciaría a Saúl que ^{1Sm 10,6} la *rū^ah de Yhwh vendría sobre él y entraría en trance profético y se transformaría en otro hombre*, pero que, luego, ^{16,13} *vino sobre David* y ¹⁴ *se apartó de Saúl y le atormentó una mala rū^ah* que también tenía que ver con Yhwh.

Esto es: la *rū^ah de Yhwh* puede tener malos efectos.

Claro que también cabría pensar que los efectos de la *rū^ah de Yhwh* pueden *parecernos* malos, por más que no lo sean.

Y aún puede suponerse que la *rū^ah de Yhwh* tiene efectos hasta perversos cuando la *pervertimos*, precisamente.

Digamos que, como poco, la *rū^ah de Yhwh* no sólo es vida, sino fuerza (del viviente), y eso basta para entender que, al tratarse de Dios, la *rū^ah Yhwh*, *rū^ah ^{ae}lōhīm*, *rū^ah ^{ae}lāhīm* en arameo o como se prefiera llamar a su aliento, sea fértil y *crece*.

Pero también se ve que es más, mucho más: es capaz de que la fuerza que nos da se transforme en *visión*; es decir: no transforme la realidad, sino que nos haga percibir la realidad de una manera distinta a como es (si bien es cierto que, en tal caso, puede decirse que lo que hace es añadir realidad –*imaginada*- a la realidad sin más, o darnos una capacidad –*real* también- que supera nuestra propia manera de ser, aunque se sirva de ella): a *Ezequiel*, por ejemplo, ^{11,24} *la rū^ah lo levantó y lo llevó en visión a Caldea, a los exiliados, por rū^ah de Yhwh*.

Todo eso ayuda a percibir siquiera sea un mero destello de la forma de ser de Dios si recordamos que somos *imagen* suya y que estamos hechos *a su semejanza* y traemos a la memoria el caso de Jacob:

^{Is 11,2} Y descansará sobre él [la] *rū^ah de Yhwh*, *rū^ah de sabiduría y entendimiento*, *rū^ah de consejo y poder*, *rū^ah de conocimiento y temor de Yhwh*.

La *rū^ah de Yhwh*, en tal caso, *da a conocer* al propio Yhwh y con ello consigue que, en el conocimiento de Yhwh, nos conozcamos a nosotros mismos. No acierto a entender de otro modo el hecho de que *consista en conocimiento y temor de Dios* la que es *rū^ah de sabiduría y entendimiento*, *rū^ah de consejo y poder*. Si anudamos todos esos conceptos como resultado de la forma de ser de Yhwh, no me parece aventurado decir que Yhwh es pura *sabiduría* y puro *entendimiento* –claro es que de sí mismo (y de cuanto proceda de él)-, además de puro *poder*, y que su influjo –que es el de su *rū^ah*- nos da precisamente eso y por eso: *sabiduría y entendimiento* –primero de todo, del propio Dios-, una *sabiduría* y un *entendimiento* que, por sí mismos, son *consejo* sobre la

forma de vivir y de ser –propia y ajena- y, al mismo tiempo, dan el mayor *poder* que cabe tener, que es que el que nos permite abrirnos camino (vivir) de la mejor manera posible. Manera que, por lo demás, supone un *conocimiento* (de Yhwh y de la vida y de nosotros mismos) que sólo puede inspirar *temor* (a todo aquel que tenga, al menos, dos dedos de frente) e ir más derechos que una vela.

Es verdad que complica un tanto las cosas el hecho de que todo eso indujera a David a dar gracias a Dios por que había hecho de él un triunfador nato y le daba victoria tras victoria, y eso con la particularidad de que lo entonó con una descripción de Yhwh que, pesara a cualquier a quien pesase, era empeñadamente antropomórfica:

^{2Sm 22,9}Subió humo en su nariz [la de Yhwh] y [el] fuego de su boca devoraba; ardían brasas desde él.

¹⁰E inclinó [los] cielos y descendió y [la] tiniebla [quedó] bajo sus pies.

Se me dirá que es cosa de David y no de Yhwh; pero, aun así, no dejaré de levantar acta de que la *rū^ah* de *Yhwh*, según David, llega a *sostener* al propio Yhwh, como si fuera –al menos- tanto como él, siquiera sea cuando se manifiesta de ese modo, claramente humanado:

^{2Sm 22,11}Y cabalgó [Yhwh] sobre un querubín y voló y apareció sobre [las] alas de [la] *rū^ah*.

Y, sin embargo, la *rū^ah* de Yhwh sigue siendo lo que es:

^{2Sm 22,14}Y tronó desde [los] cielos Yhwh, y [el] altísimo emitió su voz [*qōl*].

¹⁶Y aparecieron corrientes de mar; quedaron al descubierto [los] cimientos del orbe, [sujetos] a [la] amenaza de Yhwh, al soplo de la *rū^ah* de su nariz.

Y eso, para expresar después que la propia *rū^ah* de Yhwh se manifiesta como persona:

^{2Sm 23,2}“La *rū^ah* de Yhwh ha hablado conmigo”.

¿Quiso decir David, con estas últimas palabras, que Yhwh se había expresado por medio de los triunfos que le había dado hasta entonces? Queda más claro que no cuando se lee en *Ezequiel* que ^{11,5}la *rū^ah* de *Yhwh* cayó sobre él –sobre el propio Ezequiel- y fue ella la que *le dijo*:

^{Ez 11,5}Di:

“Así dice Yhwh:

‘Habéis dicho así, casa de Israel; pero yo conozco lo que sube de vuestra sabiduría’”.

No eran frases aisladas. Al revés: desde los días del exilio en Babilonia –más de quinientos años antes de que naciera María-, el uso de expresiones que presentaban a la *rū^ah* como sujeto de acciones personales, especialmente de *decir*, se habían multiplicado en los *targumim*. Incluso en textos posteriores en siglos, como el que se recoge en código *Ónqelos*, se lee por ejemplo que las palabras que pronunció Rubén cuando pensó matar a su hermano Jacob ^{Gn 27,42}le fueron dichas a Rebeca, la madre de ambos, por la *rū^ah* santa. Y, cuando Rubén se acostó con la concubina de Jacob y éste se apenó y dijo

que ^{35,22}a ver si había salido de él un hombre indigno, fue la *rū^ah* santa la que le respondió y le dijo que no temiera; que todos sus vástagos eran justos.

El carácter personal de la *rū^ah* de Yhwh alcanza, sin embargo, la máxima expresión – que conozco- en el libro primero de los Reyes:

¹Reg 22,21 Y salió la *rū^ah* y se puso en pie ante Yhwh y dijo: “Yo lo seduciré”. Y le dijo Yhwh: “¿Con qué?”

²²Y dijo: “Saldré y seré *rū^ah* de mentira en boca de todos sus profetas. Y dijo: “Seducirás y aun triunfarás, sal y haz así.”

²³Y ahora he aquí que ha puesto Yhwh *rū^ah* de mentira en boca de todos éstos tus profetas y Yhwh ha dicho mal sobre ti.

Y en el de Ezequiel:

Ez 37,8 Y miré y he aquí [que] apareció sobre ellos tendones y carne, y cubrió [con] piel sobre ellos, por encima, pero no había en ellos *rū^ah*.

⁹Y me dijo: “Profetiza a la *rū^ah*, profetiza, hijo de hombre, y di a la *rū^ah*: ‘Así dice Yhwh [el] señor: De [los] cuatro vientos venga la *rū^ah* y sople en los muertos éstos y vivirán’”.

¹⁰Entonces, profeticé como me ordenó y entró en ellos la *rū^ah* y revivieron y se levantaron sobre sus pies. [Era un] ejército muy grande.

Aquí –en este último estico- se habla incluso de la resurrección. Y no se atribuye a Yhwh, sino a la *rū^ah* de Yhwh. Y, en los comentarios rabínicos, aún se hablaría más de esa forma y, en ellos, acabó por hacerse hablar, entristecerse o alegrarse a la *rū^ah* de Yhwh, pero ya sin considerarlo como alguien separado de Yhwh, al modo –por ejemplo- de los ángeles, aunque siguiera sin ser Yhwhⁱ.

Pero es el texto de los *Reyes* el que nos permite jugar –es un decir- con las dos traducciones legítimas y ver qué efecto hacen (y, sobre todo, si hemos logrado romper ya viejos moldes mentales relacionados con la palabra *espíritu*):

ⁱ Sobre este aspecto, E. Sjöberg, “*pneúma*”, en *Theological dictionary of the New Testament*, cit. *supra*, 884.

¹Reg 22,21 Y salió la *rū^ah* y se puso en pie ante Yhwh y dijo: “Yo lo seduciré”. Y le dijo Yhwh: “¿Con qué?”

²²Y dijo: “Saldré y seré *rū^ah* de mentira en boca de todos sus profetas. Y dijo: “Seducirás y aun triunfarás, sal y haz así.”

²³Y ahora he aquí que ha puesto Yhwh *rū^ah* de mentira en boca de todos éstos tus profetas y Yhwh ha dicho mal sobre ti.

¹Reg 22,21 Y salió el aliento y se puso en pie ante Yhwh y dijo: “Yo lo seduciré”. Y le dijo Yhwh: “¿Con qué?”

²²Y dijo: “Saldré y seré aliento de mentira en boca de todos sus profetas. Y dijo: “Seducirás y aun triunfarás, sal y haz así.”

²³Y ahora he aquí que ha puesto Yhwh aliento de mentira en boca de todos éstos tus profetas y Yhwh ha dicho mal sobre ti.

¹Reg 22,21 Y salió el espíritu y se puso en pie ante Yhwh y dijo: “Yo lo seduciré”. Y le dijo Yhwh: “¿Con qué?”

²²Y dijo: “Saldré y seré espíritu de mentira en boca de todos sus profetas. Y dijo: “Seducirás y aun triunfarás, sal y haz así.”

²³Y ahora he aquí que ha puesto Yhwh espíritu de mentira en boca de todos éstos tus profetas y Yhwh ha dicho mal sobre ti.